

FRÁGIL

Yo maté a Bonnie y Clyde, y si lo hubiera dicho desde el principio nada de esto hubiera ocurrido. Pero es que su madre me había dado un beso de buenas noches en la frente, como se hace con los hijos. Su padre se había puesto pesado para que fuera su pareja de pádel en el partido del domingo. Y con ella me casaba dentro de dos semanas. Para qué emborronar todo cargando con unas muertes de nada.

A esas horas en la urbanización los pájaros cantaban como locos: casi molestaban. Era imposible oír el rumor de fondo de la ciudad. Hacía el fresco maravilloso de los amaneceres de verano y me apetecía echarme sobre el césped, quedarme allí hasta que el sol molestara. Eché un vistazo al coche y pensé que era lo único que no resplandecía en mi vida. Sonreí. Pronto me entregarían el nuevo y entonces ya nada desentonaría. El día anterior se le había cascado el tubo de escape y hacía mucho ruido al acelerar, así que para no despertar a todo el mundo decidí salir de allí en punto muerto, aprovechando la cuesta del jardín. Nada más comenzar a rodar camino abajo, el coche dio un pequeño bote y oí una especie de lamento muy débil. Me bajé a ver qué había pisado y vi a los dos gatos de mi novia, Bonnie y Clyde, tirados en el suelo detrás de las ruedas. Estaban como dormidos el uno junto al otro, peludos, blancos, enormes. Todavía respiraban. Al menos sus barrigas parecían subir y bajar rítmicamente. Cogí con cierto asco a uno de ellos, no recuerdo si a Bonnie o Clyde. No tenía sangre. No se movía. En la casa mis futuros suegros y mi futura esposa dormían. No sabía qué hacer. Me puse muy nervioso y no pensé demasiado. Dejé los gatos tirados en la calle, junto a la puerta de entrada al jardín,

volví a subirme al coche, quité el freno de mano para que se deslizara hasta la calle, cerré la puerta con el mando a distancia y arranqué camino del trabajo.

No podía trabajar. No paraba de darle vueltas al asunto. Quizás los gatos no estaban muertos. Si de verdad les había pasado el coche por encima debería haber sangre y vísceras por todas partes. Además, aquellos bichos respiraban, o me parecía a mí que respiraban. Algo se movía dentro de ellos. Pudieran ser las tripas, no sé. A lo mejor se habían recuperado y ya estaban por ahí saltando. Los gatos son muy duros, siempre caen de pie y todo eso, así que un Peugeot 205 no bastaría para terminar con sus siete vidas. Y si estaban muertos o heridos seguramente alguien los vería al pasar y los llevaría al veterinario, o los tiraría al contenedor. Debería haberlo hecho yo mismo ¿Quién iba a recoger del suelo dos gatos muertos? Debería haberlos metido en el maletero para tirarlos a la basura en algún lugar bien lejos, o enterrarlos, o lanzarlos al mar atados a un plomo. El caso es que no se volviera a saber nunca de ellos. Sin cuerpos no hay crimen.

A las doce del mediodía todavía no tenía noticias, y eso era una buena noticia. A esa hora ya tenían que haber encontrado a los gatos porque el abuelo siempre sale a las nueve en punto a dar su paseo diario antes de meterse a trastear en el garaje. Y poco después la madre se va a clase de pilates, así que uno de los dos tenía que haberlos visto si todavía estaban allí. Cuando mi novia no me había llamado era porque no había novedades.

Ni mensajes ni llamadas para las dos de la tarde. Me sudaban las manos, había bebido cuatro litros de agua y cada cuarto de hora tenía que ir al baño. No aguantaba más, así que llamé yo con la excusa de comentar un detalle del ensayo de la boda. Me la encontré llorando y tuve que hacerme el sorprendido. Entre sollozo y sollozo entendí que alguien

había asesinado salvajemente a Bonnie y Clyde y los había dejado tirados en la calle, junto a la puerta de entrada al jardín, lo que para ella dejaba bien claro que se trataba de un crimen intencionado y con ánimo de hacerles daño. Le pregunté si los gatos tenían algún signo de violencia y, como no les había visto nada raro, traté de convencerla de que lo más probable era que hubieran muerto envenenados por comer cualquier cosa rara por ahí. Pero ella tenía claro que aquellas no eran unas muertes accidentales, que tal y como habían aparecido los cuerpos se trataba sin duda de una especie de aviso. Los siguientes podemos ser nosotros, dijo. Me reí lo mejor que pude e insistí en mi teoría de la muerte fortuita, argumentando que no estábamos en Sicilia sino en una exclusiva urbanización de Oviedo y que allí a nadie le daría por hacer ese tipo de cosas. Incluso me ofrecí a regalarle una nueva pareja de gatos aquella misma tarde, diciendo que podíamos ir juntos a comprarlos para que eligiera los que más le gustaran, a ver si así le desviaba esas absurdas ideas de la cabeza. Pero nada. No tenía consuelo y sólo quería saber quién había hecho aquello que llamaba con insistencia asesinato. Asesinato, asesinato, asesinato.

Pasé la tarde en el trabajo mordiendo el lápiz y yendo al baño. Allí metido maldecía mi mala suerte y, sobre todo, la poca frialdad que había demostrado. Hubiera sido tan sencillo como meter a los gatos en el maletero y marcharme. Ya está. A mí nunca me habrían echado la culpa. Yo soy formal. Nunca sería sospechoso de nada. No sabía en qué momento se me había ocurrido la gran idea de dejar a los gatos tirados junto a la entrada. No había pensado en las torcidas consecuencias. No había pensado en nada.

Creía que el tiempo haría su trabajo y con el paso de las horas el pequeño drama se iría diluyendo, pero cuando me presenté a cenar la tensión era máxima. Mi novia tenía los

ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Estaba medio atontada de tomar calmantes. Mi suegra también tenía cara de haber llorado, pero no decía nada. Simplemente se limitaba a servir los platos y revolver su comida con desgana. El único que hablaba, con su tono teatral de costumbre, era mi suegro. Más allá de quitarle gravedad al asunto, que aquello eran cosas de la niña, no pasa nada, ya se le comprarán otros animales y asunto arreglado, se lo tomó como si los gatos fueran sus camaradas de trinchera. Y lo peor de todo es que ya había sentenciado que el asesino era el vecino del adosado, clarísimo, sin duda en venganza por haberle denunciado por pasear a su dóberman suelto y sin bozal. Me enteré de que esa misma tarde se había presentado en su casa con los gatos muertos para pedirle explicaciones y, aunque el vecino lo había negado todo, estaba seguro de que mentía. Lo sabía porque se congratulaba de reconocer la mentira en cuanto la tenía delante. Y no había nada que odiara más en la vida que la mentira. Eso lo dijo cinco o seis veces durante la cena. No hay nada que odie más en este mundo que la mentira.

Yo al principio, allá por los entremeses, saqué mi desafortunada teoría del envenenamiento accidental, pero, viendo lo encolerizado que se puso el hombre y los aspavientos que gastaba cuchillo en mano, decidí para lo sucesivo comer y callar. Al fin y al cabo, pensé, tampoco me venía mal que hubiera un sospechoso oficial. El único que ponía allí un poco de cordura era el abuelo, que trivializaba el asunto y decía que tampoco había que sacar las cosas de quicio, que los gatos eran animales revoltosos aficionados a morirse de muchas maneras y que, si tanta necesidad había en casa de su compañía, pues que se le compraran media docena a la nieta y en paz. Fue lo único que dijo en toda la cena porque mi suegro le contestó sin dirigirle la mirada, mientras cortaba el filete en trozos minúsculos, que el pasotismo no era forma de arreglar las cosas y que si tenían un

vecino hijoputa había que hacerle frente y no esconderse en el garaje a martillar. Estando así la atmósfera ni se me pasó por la cabeza confesar el *gaticidio*.

Después de la cena el abuelo se fue a su garaje. Mi novia, aturdida por las pastillas, se fue a dormir. Y mis suegros pasaron al salón para discutir sobre la manera de actuar. Ella era partidaria de la vía legal, un camino demasiado largo para él. Yo miraba desde la puerta. Aprovechando un silencio dije la primera excusa que me vino a la mente, que había quedado en ir a dormir a casa de mis padres, y salí de allí sin mirar atrás. En realidad pasé la noche en el piso, a pesar de que todavía no nos habían traído los muebles. Me tiré allí, en el parquet, sobre una manta, e intenté dormir. Sólo conseguí dar vueltas. Muchas vueltas.

A media mañana del día siguiente mi novia me llamó al trabajo. Estaba llorando otra vez y decía que fuera rápido, que había pasado algo terrible. Por más que insistí no quiso darme ninguna pista por teléfono. Me presenté todo lo rápido que pude en la casa y encontré a mi novia fuera de sí. El asunto de los gatos me estaba permitiendo descubrir esa faceta histérica suya que no había adivinado en los más de tres años que llevábamos de relación. Empezaba a parecerme una cría ridícula. Lloraba sin parar, respiraba con dificultad y, los ratos que conseguía articular palabras, no paraba de repetir que aquello iba a acabar muy mal, que el vecino se la tenía jurada desde que se instalaron allí y que el asesinato de Bonnie y Clyde era una declaración de guerra. Asesinato, asesinato, asesinato. Era tal su estado que pensé en confesar mi culpa allí mismo, decirle que todo aquello era un malentendido, que había sido un accidente, que nos estábamos volviendo todos locos... que, joder, nos casábamos en dos semanas. De verdad que iba a hacerlo, pero empezó a contarme entre lágrimas que su padre había vuelto a visitar al vecino para

reprocharle el asesinato de los gatos. Habían discutido muy acalorados y la bronca había llegado a tal extremo, con gritos y amenazas de muerte de por medio, que varios vecinos habían tenido que intervenir para que no se mataran. Hasta cuatro coches patrulla se habían presentado allí para calmar los ánimos. En aquellos momentos estaban todos en comisaría prestando declaración. Su madre iba de camino.

La dejé durmiendo en el sofá después de haberse tomado otro tranquilizante. Salí al jardín a respirar y pensar. Llevaba tiempo sin hacer ni lo uno ni lo otro. En aquellos momentos me apetecía ser fumador porque no sabía qué hacer con las manos. No estaba cómodo en ninguna postura. En el garaje el abuelo cacharreaba ajeno a todo el lío familiar. Me acerqué a charlar con él porque sabía que era el único al que todo aquello le parecía una payasada. Por su comportamiento no parecía de la familia. Era como el chófer al que le dan igual los líos de los marqueses. Lástima que los demás no hubieran heredado su gen de la cordura, pensé. Además, él siempre había odiado a aquellos gatos, hasta tal punto que le extrañaba que no le hubieran hecho responsable de su final. Me aconsejó que lo mejor que podía hacer era mantenerme al margen, como él, y no tratar de intervenir. Su hijo, me advirtió, era un radical. En qué familia me estoy metiendo, pensé. Y, sobre todo, cómo coño no me he dado cuenta antes. Cuando ya me iba de vuelta al trabajo con enorme escándalo de mi coche, que sonaba como una ametralladora, el abuelo me hizo un gesto con la mano para que me detuviese. Se acercó y se ofreció a arreglarme el tubo de escape. Me dijo que en su garaje tenía un viejo tubo que podía servir de apaño hasta que me entregaran el coche nuevo. Quedamos entonces en que la próxima vez le dejaría que lo reparara. Me caía muy bien aquel señor.

Al día siguiente la situación, lejos de ir calmándose como yo había pronosticado, dio otra vuelta de tuerca. Llamé a mi novia para ver cómo estaba y me volvió a contestar entre lágrimas. La novedad era que me hablaba desde el hospital, desde la sala de espera de urgencias. Sus padres se habían topado con el vecino por la calle cuando éste paseaba con su perro y se había liado. Dios, Dios, Dios. Era lo único que podía decir mientras conducía hacia el hospital. Dios, Dios, Dios. Por lo que varios vecinos me contaron allí los gritos del encuentro con el hombre habían puesto nervioso a su perro y éste se había tirado a por mi suegra, hincándole el diente en la pantorrilla de mala manera. No la soltaba. Cuanto más gritaba ella más fuerte la mordía. El vecino trató de separarlo chillándole y tirando del collar, pero con ello sólo conseguía azuzarle y aumentar el desgarró. Mi suegro primero se quedó paralizado, medio temblando. Dicen los que lo vieron que hasta sus labios se volvieron de un color blancuzco. Luego empezó a pegarle patadas al perro hasta que, en un momento dado, sacó una enorme navaja y se la hundió en el costado. Fue ahí cuando el can soltó por fin a su presa y los hombres se agarraron. Tal había sido la violencia con la que se habían empleado que ninguno de los muchos vecinos que allí se juntaron se atrevió a intervenir. Había sangre por todas partes. Sangre de ellos, del perro, de la mujer. Sangres mezcladas. Sólo la policía pudo separarlos.

No sé si fue por el olor del hospital o por el calor que allí hacía o por la historia que estaba oyendo, pero el caso es que de repente sentí que mi estómago se encogía y todo lo que había en su interior subía por mi cuerpo hacia la boca. Fui corriendo al baño a vomitar y a echarme agua por la cara, por ese orden. Me vi en el espejo. Estaba blanco como un cadáver. Me entró la risa. Aquello tenía que ser una broma.

Por la noche mi novia y yo preparamos algo de cenar, ya que mi suegra ni quería ni podía apoyar la pierna y mi suegro estaba como ido, con la mirada perdida en la televisión, todo el cuerpo lleno de arañazos y moratones. El abuelo, que definitivamente no quería saber nada del asunto, cogió el queso y un trozo de pan y salió de la casa. La cena era un velatorio. Nadie decía nada... hasta que yo hablé: "Yo maté a Bonnie y Clyde". Así lo dije. No me dejaron añadir más. Mi novia lloraba, como siempre; mi suegra lloraba, como siempre; y mi suegro sólo dijo, sin mirarme, sin levantar la voz: "Vete de esta casa". No esperé a que me lo repitiera dos veces.

Salí al jardín como si dejara en el comedor tres cadáveres y ya se oyeran las sirenas de la policía. Ya me daba igual la boda, las más de trescientas invitaciones repartidas, los regalos recibidos, el restaurante... el qué dirán. Me subí al coche a toda prisa, lo arranqué con un estruendo que me pareció mayor que el habitual, y, al dar marcha atrás para encararme hacia la salida, noté que pasaba por encima de algo, algo muy grande. No me jodas, dije. No me jodas.

FIN